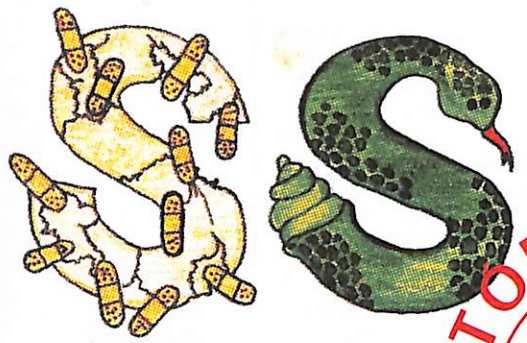


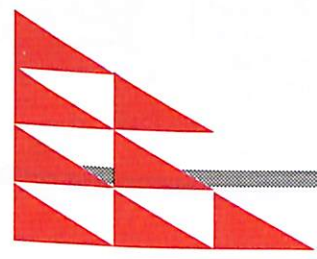
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

#113

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



ISSN: 1659-0872



Hablar de sabiduría en la filosofía es hablar de los orígenes mismos y de la razón de ser del pensar filosófico. Es frecuente, incluso, que se identifique el "sabio" con el filósofo. La imagen popular de uno y otro se identifican. La filosofía es vista como el camino a la sabiduría y el filósofo como aquel personaje un tanto marginado de la sociedad, no por castigo o enfermedad, sino por vocación, o basado en una opción personal que lo induce a menospreciar o, al menos, a tomar distancia de los "negocios" de que se ocupan y se preocupan las gentes ordinarias o, más exactamente, en que debe ocuparse y "gastar" su tiempo el ser humano, cualquiera que este sea, en los quehaceres cotidianos. Vistas así las cosas, el filósofo suele aparecer, no solo como un personaje un tanto singular, sino como aquel que lleva una vida ascética muy cercana a la vida del místico, por no decir al ermitaño. Ciertamente hay otra concepción de la filosofía como aquel saber ligado a la ciencia experimental, como "la ciencia de la ciencia", según la expresión de algunos filósofos anglosajones, como una crítica del método científico y una búsqueda de su fundamentación racional, o como una cosmovisión que se desprende de los resultados obtenidos por el avance mismo de la ciencia. Igualmente, la filosofía puede parecer como una reflexión más humanística, ligada por ello mismo a la ética, en el sentido de que consiste en la reflexión en torno a las implicaciones éticas y axiológicas de los efectos que la ciencia y la tecnología producen en la vida de los hombres y su destino.

En todas estas concepciones la filosofía se ha tomado como una vocación o inclinación natural más cercana a la vocación de un artista o de un religioso, o se ha tomado como una profesión en el sentido liberal del término, como es la propia de un profesor universitario. En ambos casos, la filosofía siempre se liga a una vida un tanto distante de los "negocios" de este mundo y, sobre todo, de la condición corporal, por no decir "carnal", del filósofo en cuanto ser humano de carne y hueso. Es esta concepción o imagen la que se suele ligar, igualmente, a la idea de "sabio".

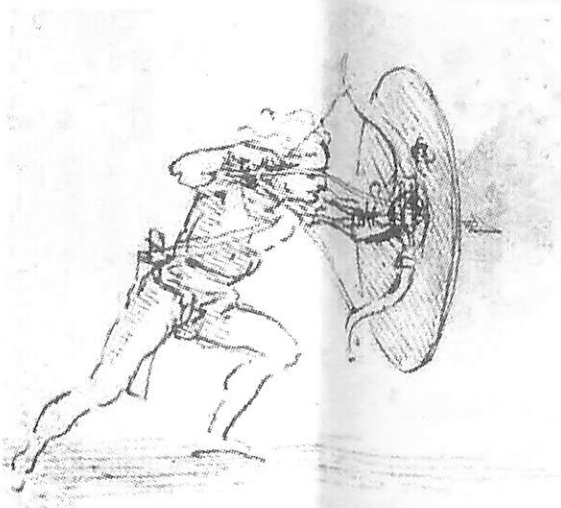
Pero mis reflexiones en esta ocasión pretenden demostrar lo contrario. No se trata de mi parte de un prurito de originalidad, o de un gusto un tanto discutible por lo paradójico. Sinceramente, pienso que se trata de algo mucho más serio y, sobre todo, mucho más importante. Más aun, pretendo desvelar, es decir, llegar a la verdad (*"aletheia"* en griego que se traduce por "verdad", en realidad significa la acción de quitar el velo que cubre algo, a fin de que quede al descubierto, patente a los ojos de todos), es decir, descubrir o poner de manifiesto la significación, profunda pero auténtica, que se contiene en la conciencia del sabio, en lo que ha dado origen a lo que pretendemos que sea o deba ser un "sabio".

Como primera acotación, hago el señalamiento de que casi subrepticamente me he desplazado del término "sabiduría" al de "sabio", es decir, de una idea abstracta o de una concepción teórica, al ser humano concreto, de carne y hueso. Por eso, más que de "sabiduría" quiero hablar del "sabio", no de lo que se entiende por tal, sino de la vivencia integral, humana, existencial que se expresa cuando queremos decir que alguien es un sabio, o que llegó a la sabiduría, o que define en su vida real, aun sin formularlo en una teoría o doctrina, lo que se entiende por tal. Porque para mí, la sabiduría no es una doctrina, sino una vivencia, una actitud frente a la vida, una experiencia integral de nuestra condición de ser humano, la experiencia de ser hombre en cuanto es vivida en su máxima autenticidad y en su más amplia integralidad.

Así entendida la sabiduría, se suele decir que, quien ha llegado a ella es porque es plena e integralmente hombre y hace de su vida la expresión más pura de lo que solemos entender axiológicamente como "humano". Sabio es el más humano de los humanos, es aquel que es plenamente humano porque vive desde dentro, desde su conciencia más íntima y en todas sus expresiones y conducta, esa plenitud humana. Sabio es el que irradia humanidad, el que desborda humanidad como el volcán que de sus entrañas extrae el fuego y la luz, irradia calor y es fuente de movimiento, hasta el punto de dar la sensación de ser un viviente y no un simple objeto mineral. "Sabio" viene del participio presente (*"sapiens"*) del verbo latino *sapio, sapere* de la tercera conjugación. Normalmente se le traduce como "saber" cuando, en realidad, en su origen etimológico significa "tener sabor" o, más exactamente, saborear, descubrir el sabor de lo que se prueba o paladea, disfrutar del paladar, degustar. Por ende, "sabio" será aquel que ha descubierto el sabor de las cosas que le rodean, que tiene el secreto del gusto de y por la vida, que asume la vida no desde la razón o el corazón, sino desde el sentido del paladar, del gusto, como se degusta una deliciosa comida, o una buena copa de vino.

Esto es así porque el latín, idioma de donde viene nuestra lengua castellana (85% del castellano no es más que latín vulgar, el latín que hablaban las legiones romanas que conquistaron la península Ibérica) es una lengua del Mediterráneo. Y, como bien sabemos, una lengua no es solo una forma de hablar, o una manera de expresarnos, sino ante todo, una visión de mundo, una sensibilidad, una cultura. El latín, por ende, es el vehículo de una cultura, al igual que el griego: ambos son expresiones culturales del Mediterráneo. Y en el Mediterráneo al final del Neolítico, se descubrió y comenzó a cultivar aquella planta que habría de cambiar la cultura de aquellos pueblos que originalmente venían de África.

Concretamente, en Egipto y en el Medio Oriente se comenzó a cultivar el trigo y, con ello, a fabricar el pan como



La sabiduría como gozo integral de nuestro ser-encarnado

Arnoldo Mora Rodríguez



base de la alimentación y el comercio, por ende, como fuente de riqueza y bienestar. De ahí que el comer pan se convierte en el acto de humanidad por excelencia, y el compartir el pan con otros (parientes, amigos, compañeros de trabajo, aliados políticos o socios comerciales) en el acto de socialización por antonomasia. Se comparte el pan porque en el pan se ve la expresión por excelencia de la vida. Se comparte el pan porque se comparte la amistad, como signo de que se ha firmado la paz entre contrincantes o combatientes. El pan significa paz, significa amistad, significa amor. Eso supone la existencia de comunidades que han crecido, de redes de comercio.

Pero al pan se une, como parte integral de una buena comida, una bebida que es por excelencia signo de goce y alegría, de entrega al placer y a la amistad, como es el vino. Pan, vino y aceite de oliva: he ahí por excelencia la mesa, el menú de los pueblos del Mediterráneo. Es por eso que el banquete, símbolo de la amistad y del amor, del compartir entre los amigos, es el ámbito de la sabiduría. Con el calificativo de "Banquete" titula Platón su diálogo sobre el amor.

Pero el banquete, bajo el efecto del vino y como expresión de la satisfacción, no solo de haber comido, sino también de haber compartido con amigos y parientes un rato agradable, culmina con una fiesta, la apoteosis de la danza, con celebraciones al compás de ritmos y de cantos.

Y esto no es una casualidad, pues anteriormente a las civilizaciones del Mediterráneo existieron las civilizaciones africanas que no tenían ni pan de trigo ni vino, sino que su dieta era a base de tubérculos y sus recursos materiales no les permitían disfrutar de una riqueza exuberante. Pero para los pueblos africanos, no es el banquete, la comida, lo que expresa la socialidad entre los hombres, lo que forma grupo, lo que crea comunidad, sino la danza.

La danza es anterior al banquete. La danza es anterior a toda otra forma de socialidad, incluso anterior al lenguaje articulado, ya que la música, según Lévi-Strauss, el gran antropólogo y etnólogo francés, es anterior a la palabra articulada.

El hombre comienza ya desde el sexto mes de embarazo de la madre, a escuchar las palpitations del corazón de su progenitora, por lo que el seno materno se convierte en una caja de resonancia. No es por casualidad que gran parte de los instrumentos musicales están dotados de una caja de resonancia en forma de un vientre materno, en que se evoca a una mujer con un embarazo avanzado. Pero antes de ser sonido, melodía o armonía, la música comienza por ser ritmo, movimiento acompasado. Por ende, la música no es solo para oír, sino para sentirla con todo el cuerpo. En especial, con los músculos y el tacto. Por eso la música es, ante todo, danza y la danza es lo que nos hace sentir hombres, humanos, como formando parte del grupo social en que nos reconocemos en el goce compartido que nos hace sentirnos hermanos.

La gran enseñanza que de ahí se desprende es que la cultura occidental y el cristianismo que se ha desarrollado históricamente en el interior de la cultura occidental, es profundamente, radicalmente enajenante, porque menosprecia la integridad de la experiencia sensorial como origen de nuestra experiencia como seres humanos. Desde Platón y Aristóteles, se considera que el "más noble de los sentidos" es la vista. De ahí que la expresión formalizada de la vista es la geometría, ciencia de las propiedades a priori del espacio. Este es considerado el ámbito por excelencia de lo humano y de las relaciones sociales. Por eso los españoles, cuando llegaron a

estas tierras tropicales de grandes aguaceros y de selva lujuriosa, siguieron la costumbre mediterránea de fundar ciudades y aldeas en torno de un espacio público llamado "plaza".

Por el contrario, la cultura semítica, que se expresa en la tradición bíblica, prioriza el oído. A Dios en el Antiguo Testamento no se le ve, sino que se manifiesta como palabra que se oye. Dios no es una experiencia visual, sino auditiva. Hasta se prohíben las imágenes y la representación, mediante íconos, de lo sagrado. De ahí que Occidente, cuyas raíces son la racionalidad helénica y la ética judeocristiana, considera que la vista y el oído son los sentidos más nobles menospreciando los otros sentidos, tal como el gusto, el olfato y, sobre todo, el tacto, pues se extiende a toda la geografía corporal.

Pienso, igualmente, que, como África es la cuna de la humanidad, es decir, que todos los hombres somos originariamente africanos, el menosprecio que Occidente ha tenido por todo lo que es corporal y que se expresa en el dualismo alma/cuerpo, materia/espíritu, hombre/mujer, malo/bueno, verdad/error, feo/bonito, santo/pecador, Dios/hombre, etc., son consecuencia de ese menosprecio original por nuestra condición corporal.

El cuerpo es nuestro primer contacto con el exterior, con la Naturaleza. El menosprecio de nuestra sensibilidad, de nuestra condición corporal, está en la raíz del odio a la Naturaleza y, con ello, se llega lógicamente a la destrucción de la misma. De ahí la crisis ecológica que hoy se vive y que amenaza con la destrucción de toda la especie humana. El placer por destruir, o sadomasoquismo, el culto a la muerte como autodestrucción y suicidio colectivo que hoy amenaza a la humanidad, no son más que la consecuencia de esta mutilación originaria y primigenia que hemos venido señalando.

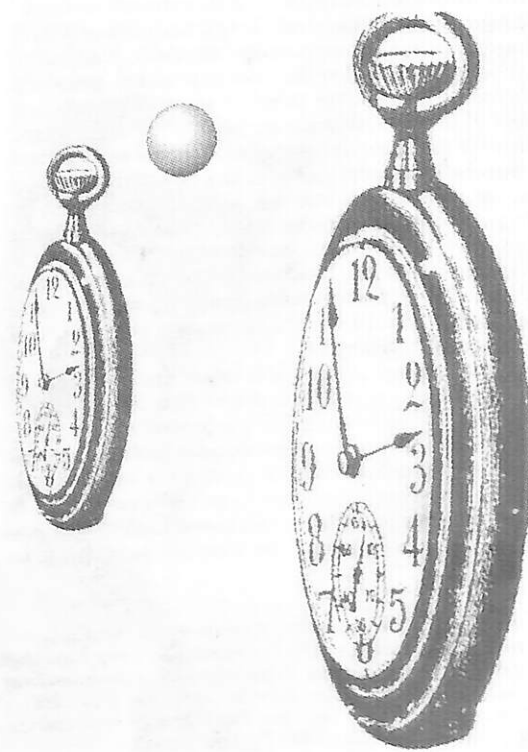
La manifestación más agresiva y repulsiva de esta mutilación sensorial se expresa en el racismo, cuyas víctimas principales y mayores han sido los pueblos originarios de África. El puritanismo y el fundamentalismo de raíz religiosa, son otras tantas formas en que se hace patente esa mutilación que de nuestra experiencia sensorial hemos hecho desde los orígenes de la cultura occidental.

Es interesante señalar que en la Biblia se considera que las enfermedades que afectan la sensibilidad y que los autores suelen denominar con el apelativo genérico de "lepra", sean consideradas como signo de reprobación y quienes las sufren separados de la convivencia social. El mayor castigo corporal que Dios puede inferir a quien ha pecado es privarlo de sensibilidad en su epidermis. Esto es prueba de que entre las experiencias de lo sagrado del pueblo hebreo, quedaron reminiscencias de las culturas de pueblos anteriores que asumían la integridad de nuestra condición sensorial y no daban prioridad a un sentido sobre los otros, sino que los valoraban y disfrutaban a todos por igual.

Más aún, incluso en nuestro lenguaje ordinario decimos a propósito de alguien que es inhumano en su conducta, o medio torpe en las relaciones con los otros, que es "insensible". No le decimos que es sordo, mudo o ciego, sino insensible, que carece de sensibilidad. Igualmente, solemos decir en estos casos que esa persona carece de "tacto" para asumir satisfactoriamente una situación delicada. Una persona sin "tacto" es poco menos que un bruto, al que difícilmente podemos dar el calificativo de "humano".

Por el contrario, ser sabio es recuperar el goce integral de nuestra condición de seres corporales, que están dotados de diversos sentidos y no solo de uno o dos. Sabio es el que no vive mutiladamente su corporeidad y que hace de su vida una fuente plena de gozo en su condición sensorial. Esto constituye en la práctica una protesta frente a toda forma de mutilación de nuestro ser encarnado.

Es por eso que la máxima revelación del Nuevo Testamento es el misterio de la encarnación cuando en el prólogo del evangelio de San Juan se dice que el "Verbo se hizo carne". Es por eso que la sabiduría o es carnal o no es sabiduría. Sabio no es el que se margina de la vida, sino el que la vive a plenitud y con medida, el que la goza con los otros como en la danza o el banquete. Sabio es aquel que vive en el amor.



Boronas de identidad nacional



Steven Palmer e Iván Molina*

La identidad costarricense es hoy, como lo ha sido desde hace más de un siglo, fuerte y confiada, al tiempo que está en crisis y es asediada por peligrosas fuerzas contaminantes, que provienen del exterior. Esto es lo que podríamos llamar la "contradicción original" de dicha identidad, su genético ying-yang. La historia y condición actual de tal identidad es de alguna importancia porque ha sido la base de un exitoso proyecto nacional, sin paralelo en la mayor parte de América Latina, y aún más, del mundo. En efecto, la exitosa articulación de la identidad nacional costarricense por las elites intelectuales y su aceptación y transformación por el resto de la sociedad, ha sido el fundamento de una política hegemónica, capaz de institucionalizar la democracia electoral, extender un mínimo de servicios sociales a la población como un todo y facilitar algún grado de movilidad social. La solidez de la obra es extraordinaria e incuestionable: con dos breves pero notables interrupciones, la dictadura de los Tinoco (1917-1919) y la guerra civil de 1948, el Estado-nación democrático de los costarricenses, que empezó a configurarse en el último tercio del siglo XIX, duró a lo largo del siglo XX.

A pesar de tener el horóscopo en contra, esta política hegemónica sobrevivió a la crisis de 1930, a la polarización política de la Guerra Fría, al radicalismo político posterior a la Revolución Cubana y el subsiguiente colapso de las libertades democráticas, a la era de las revoluciones centroamericanas que también generaron una extraña obsesión entre los consejeros vietnamitizados de Ronald Reagan por militarizar a Costa Rica (el único país latinoamericano desmilitarizado), a la crisis económica y de la deuda externa de inicios de la década de 1980 que paralizó la economía en un contexto de extrema agitación política regional, y al pleno impacto frontal de la globalización neoliberal de comienzos del decenio de 1990, en cuyo curso las bases históricas de la economía del país fueron completamente reestructuradas en el espacio de una década. Pensemos un poco en esto. En cada una de estas coyunturas, numerosas democracias latinoamericanas fueron —y están siendo— consumidas. Costa Rica, en cambio, es el único país latinoamericano que ha sobrevivido con su expediente intacto. El pegamento que ha mantenido juntas las sociedades civil y política, de cara a tales crisis, es una identidad nacional ampliamente compartida. A medida que las elites y los sectores populares abrazan con entusiasmo la globalización (aunque unas y otros, en sus propios términos), y Costa Rica experimenta una transformación que ha roto todos, excepto los más abstractos vínculos, con la sociedad que generó los elementos formativos de la identidad nacional, vale la pena preguntarse sobre si esa identidad podría aún ser operativa durante las crisis que ya se atisban en el horizonte.

¿Cuáles son los ejes de la identidad nacional que sostiene esta "demoperfectocracia"? Por la época en que Yolanda Oreamuno acuñó este sarcástico término, en 1938, la identidad nacional estaba esencialmente formada, habiéndose configurado a lo largo de los últimos sesenta años, y no cambiaría, en lo esencial, en las seis décadas siguientes. Todos los elementos de la identidad nacional costarricense se derivan de la creación de una cultura cívica moderna, secular y republicana entre 1880 y 1940. En la fase uno de este proceso, la cual se concentró durante la década reformista liberal de 1880, la intelligentsia del país encontró la fórmula simbólica para elaborar un discurso nacionalista con resonancia popular. En el contexto de una amarga lucha con la Iglesia Católica sobre la supremacía en los dominios de la ideología, la participación política y las instituciones cívicas, el Estado secular recuperó la Campaña Nacional contra William Walker como una guerra de independencia suplente, y rescató para uso nacional, de una tradición oral local alajuelense, la figura de un humilde trabajador, Juan Santamaría, como el prototipo del comportamiento patriótico costarricense: alguien que murió en suelo extranjero para proteger el orden establecido en Costa Rica. Este período también fue escenario de la proyección formal en los primeros libros de historia del país de la idea de los costarricenses como una raza homogénea, casi blanca, descendiente de manera más o menos directa de los españoles. Esto estaba fundamentalmente unido a una dimensión adicional de la identidad nacional, que los costarricenses no tenían parentesco con las otras poblaciones centroamericanas: así la diferenciación racial reforzaba la distancia política con el resto del istmo, y viceversa.

Durante la segunda fase de la formación de la identidad nacional, que se extiende entre inicios de la década de 1900 y mediados del decenio de 1920, este nacionalismo ganó profundidad social y sus acordes marciales fueron enmudecidos para enfatizar nociones de ciudadanía basadas en la participación electoral pacífica. Una nueva generación de intelectuales, que inicialmente abrazaron idearios anarquistas y socialistas, anunciaron una crisis inminente entre los

pobres urbanos, adoptaron el discurso sobre la "cuestión social" entonces de moda entre los intelectuales reformistas en Occidente, y fomentaron vínculos con las organizaciones de los trabajadores. Aunque este radicalismo era amenazador en esa época, tenía dos características que finalmente lo hicieron compatible con los sectores reformistas de afiliación liberal. Primero, comportaba un puritanismo moral que se adaptaba bien con el esfuerzo liberal por civilizar a las atrasadas y disolutas culturas de las clases populares, en términos de higiene personal y sexual, disciplina laboral, cultura secular y otros aspectos por el estilo. Y en segundo lugar, el énfasis en la cuestión social se hacía eco de y reforzaba la visión de liberales como Cleto González Víquez, para quienes el Estado necesitaba abandonar el *laissez-faire* a

fin de promover la salubridad pública y transformar la beneficencia en un aparato de seguridad social sistemáticamente administrado que pudiera regular la vida de los pobres. Esta tendencia fue consolidada durante la presidencia reformista de Alfredo González Flores (1914-1917) y durante el gobierno post-tinocquista de Julio Acosta (1920-1924), cuando algunos de los radicales de 1900 ocuparon puestos clave en el aparato estatal en expansión. En este proceso, la identidad nacional costarricense incorporó una preocupación por el bienestar social de los de abajo. Entretanto, la derrota del régimen de los Tinoco por una coalición popular conducida por maestras y profesoras supuso una pérdida de prestigio para los militares, una tendencia ya visible en la composición de los presupuestos nacionales desde comienzos de 1900, ahora consolidada durante el decenio de 1920 y acentuada por el pobre desempeño del ejército costarricense durante la guerra con Panamá en 1921. Esto también reforzó las dimensiones civilista y electoral del discurso nacionalista oficial.

La tercera fase de la formación de la identidad nacional se verificó en la década de 1930, y trajo al frente del escenario una tendencia nostálgica, presente en las dos fases anteriores, pero nunca plenamente resuelta. Se expresó en un fuerte deseo por el retorno a una edad de oro perdida, a saber, a una Costa Rica rural e igualitaria, sin tensión social. Es interesante destacar que esta vuelta atrás fue fomentada por la pintura costarricense que se configuró en las décadas de 1920 y 1930 y tuvo como uno de sus ejes la casa de adobe. El tono nacionalista de esta obsesión se reflejó en el énfasis que se le dio a la composición del cuadro para resaltar el rojo del techo, el blanco de las paredes y el azul del zócalo, los colores de la bandera nacional, a pesar del hecho de que pocas casas estaban pintadas, y de que, las que lo estaban, lucían colores como el verde o el rosa. Las obras de algunos de los exponentes principales de esta escuela, como Teodorico Quirós y Fausto Pacheco, no retratan de manera realista la vivienda rural de la época, sino que ofrecen una visión idílica de casas rurales perteneciente a un período colonial idealizado. El retiro de los pintores de los espacios urbanos durante la década de 1930, con su drástica pobreza y sus crecientes conflictos sociales, fue probablemente alimentado por el ascenso de una poderosa ideología antioligárquica y cooperativista entre los pequeños y medianos productores de café, quienes igualmente proponían la recuperación de una Costa Rica rural sin conflicto de clase. Esta idílica representación puede también haber capturado la imaginación de Carlos Monge y Rodrigo Facio, artífices de la noción de una "democracia rural" originaria. Tal concepto sería aplicable a la Costa Rica del siglo XVIII, previo a la expansión de la economía cafetalera, cuando una sociedad igualitaria de

pequeños agricultores habría formado un denso tejido familiar en la aislada arcadía del Valle Central.

Si hay una frase que captura la esencia de este discurso nacionalista es la de "conservadurismo popular". Cada imagen central en el discurso nacionalista elaborado durante los sesenta años posteriores a 1880 es profundamente conservadora en su búsqueda por el orden, el control y la paz social, y en su deseo por recuperar un pasado perdido más que por conquistar un futuro utópico. A la vez, sin embargo, la naturaleza social de cada imagen es fundamentalmente popular, ya que incluye, más que excluye, a los sectores populares, aunque solo sea una versión idealizada de ellos. Desde el papel protagónico reconocido a Juan Santamaría, al énfasis puesto en civilizar y redimir a los de abajo implícito en la versión liberal de la cuestión social, y a las dimensiones igualitarias y antioligárquicas de la "democracia rural", el sujeto de la nación costarricense son las y los costarricenses ordinarios. Esto también comprende a los aspectos más conservadores de la identidad nacional, es decir, la insistencia en la blanquitud homogénea de la raza costarricense, que fue ampliada para incluir a toda la sociedad. Esta noción de la naturaleza esencialmente saludable de la raza costarricense fue la base de una ideología racista —la autoinmigración— que impulsó una de las políticas sociales más progresivas del Estado en la época anterior al Seguro Social, la cual abarcó la expansión de proyectos de salud pública y el compromiso público para suministrar agua potable a todas las comunidades. La fuerza impulsora de tal política era eugenésica: el temor de que las elevadas tasas de mortalidad infantil que asediaban a la "raza" costarricense significaran que hubiera una falta de mano de obra para el progreso agrícola, por lo que el Estado se vería obligado a importar elementos racialmente indeseables, como negros, chinos y nicaragüenses, quienes

inevitablemente fomentarían la degeneración racial mediante el mestizaje. La salubridad pública podría ser definida como "autoinmigración", ya que permitiría asegurar un suministro de trabajadores extrasaludables de los úteros de mujeres costarricenses étnicamente puras.

La otra característica esencial del nacionalismo costarricense es su persistente obsesión para ciegamente ignorar la realidad o, en otras palabras, para aceptar con pasividad una serie de ficciones operativas. Los guanacastecos eran mestizos y mulatos y distintos culturalmente de los costarricenses del Valle Central, pero este detalle no impidió que Francisco Montero Barrantes categóricamente los incluyera en la raza "homogénea" de ticos casi blancos en sus *Elementos de geografía de Costa Rica*. Costa Rica, además, fue la original república bananera, el mismísimo lugar de nacimiento de la United Fruit Company, pero esto no impidió que los políticos e intelectuales costarricenses insistieran, una y otra vez, en que Costa Rica no era una república bananera. Por si fuera poco, Costa Rica importó de Europa sus monumentos nacionales más importantes, no tenía una cultura artística, y su tradición en el campo de las bellas letras se extendía hacia atrás apenas unos pocos años; pero esto no fue óbice para que *La Prensa Libre*, en 1914, anunciara que ya existía una plenamente conformada "civilización costarricense". En el mundo rural, pocas casas se adaptaban al modelo ofrecido por los pintores en sus lienzos, pero ello no evitó que la casa de adobes —tan tricolor como el uniforme de la selección nacional— se convirtiera en la expresión clásica de la vivienda rural. Fue esta apasionada negación de la realidad, y la apropiación de ficciones operativas como las anteriores, lo que sostuvo la reforma social del calderonismo y el sueño socialdemócrata del liberacionismo: los costarricenses conforman una sociedad secular, moderna, democrática e igualitaria, en búsqueda de la justicia social y el desarrollo industrial mediante su adhesión a los valores conservadores de una edad de oro rural localizada en el período colonial.

Poco cambió en el discurso nacionalista en los sesenta años que siguieron a la formulación de la fábula democrático-rural de Carlos Monge, aunque mucho ha cambiado en términos de las estructuras y procesos que generaron la identidad nacional original. Escasí, que en la década de 1930 aún podía mostrar bastantes viviendas de agricultores prósperos que servían de punto de referencia para los pintores de casas de adobe, es hoy un suburbio comercial altamente urbanizado de San José, punto focal de una nueva cultura consumista transnacionalizada, dominada por el neón y la tarjeta de crédito, que caracteriza la urbanizada y mall-céntrica economía costarricense de inicios del nuevo milenio. Y la pregunta que deberíamos hacernos ahora es si la identidad nacional costarricense puede aún servir como el pegamento social para esta nueva sociedad que es fundamentalmente urbana y transnacional en sus gustos y medios. Hoy, casi cada casa costarricense, que no es de adobe ni tricolor, tiene un televisor en colores, con acceso directo a un mundo de consumos y productos culturales generado principalmente en Estados Unidos. El mundo de la pulpería, del consumo de bienes artesanales o víveres producidos localmente, de la comunidad donde cada uno conoce al otro, pertenece cada vez más al pasado.



Óleo de Fausto Pacheco



* Steven Palmer es profesor en la University of Windsor, Canadá, e Iván Molina es catedrático de la Universidad de Costa Rica. Son autores de *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997-2002), y su próximo libro se titula: *The Costa Rica Reader: History, Culture, Politics* (Durham, Duke University Press, en prensa).

El hiperindividualismo, tan querido para los ideólogos neoliberales de la globalización, se ha desarrollado muy rápidamente en Costa Rica, promovido por los aspectos despersonalizados de los estilos de vida urbanos, la rápida expansión de una cultura basada en el automóvil, el creciente encarcelamiento de los costarricenses en casas-jaula que contienen familias altamente nucleares, y el retiro de las clases medias y acaudaladas a residenciales privados muy vigilados. Las brechas de clase son aún más evidentes, especialmente en el drástico ascenso de las escuelas y colegios privados. Aunque, como Benedict Anderson observó, la nación es esencialmente una comunidad política imaginada donde la comunidad en anonimato es posible por primera vez, las naciones no pueden existir en forma significativa a menos que exista un discurso nacionalista que circule entre sus miembros. Con porcentajes cada vez mayores de costarricenses que ven televisión importada de Estados Unidos dentro del aislamiento de sus casas, que atraviesan el espacio público principalmente para comprar productos transnacionales en los malls, y que se educan en escuelas y colegios privados con poco o nulo contacto con otros sectores sociales, ¿será aún absorbida la identidad nacional, en los próximos veinte años o cuarenta años, por los ticos de clase media, quienes constituyen el fundamento político de la demopercrocracia?

Mientras tanto, la emergencia de nuevas fuerzas ha hecho claro que el viejo modelo de identidad nacional requiere una reestructuración completa. Por un lado, está la creciente insistencia sobre una Costa Rica pluriétnica, promovida por intelectuales y artistas de la comunidad afrocaribeña, de las comunidades indígenas y de Guanacaste; en el primero y en el último casos, poblaciones que crecientemente están trasladándose al Valle Central debido al estancamiento de la Costa Rica rural. Estas poblaciones ya no son geográficamente marginales al Valle Central, una coincidencia que en el pasado hizo más fácil suavizar las contradicciones que comportaba la vieja ficción de la raza homogénea. Por otro lado, el influjo masivo de nicaragüenses desde la crisis centroamericana de la década de 1980 está también contribuyendo a esta tendencia, aun cuando ha reactivado el viejo discurso eugenésico acerca de la degeneración racial. Alrededor de un 40 por ciento de los 400.000 nicaragüenses que se calcula habitan en Costa Rica, viven en el Área Metropolitana. Como veíamos antes, una de las marcas distintivas del nacionalismo costarricense ha sido su habilidad para negar la diferencia, especialmente la de los sectores populares, en un proceso que comporta la marginalización de los étnicamente diferentes, al tiempo que los incorpora y asimila en el resultado final. Los próximos años probarán los límites de tal proceso, a medida que la nación costarricense enfrente el desafío de "costarriqueñizar" a los siempre sospechosos centroamericanos, que han constituido, históricamente, su antítesis.

El ascenso del feminismo, desde la década de 1980, también ha desafiado las características fundamentalmente patriarcales de la identidad nacional. El reto en este campo, sin embargo, ha sido limitado por el desinterés de los movimientos femeninos, compuestos esencialmente por personas de clase media, para hacer contactos significativos con el creciente porcentaje de mujeres trabajadoras, en especial con aquellos sectores de las asalariadas, urbanas y rurales, cuyos derechos laborales y humanos son sistemáticamente violados.

La amenaza final a la identidad nacional es la planteada por el creciente descontento electoral. Las tasas de abstención ascendieron dramáticamente en los comicios presidenciales de 1998 y el 2002, y los costarricenses perdieron fe en sus partidos y en sus políticos a medida que el ajuste estructural fue acompañado por una corrupción masiva entre los miembros de las elites, quienes parecían gozar de impunidad. Esto ha supuesto un desgaste, hasta ahora imparale, para las dimensiones cívica, electoral y democrática de la identidad nacional.

Si la historia es una guía —y a veces lo es—, la identidad nacional costarricense, entonces, sobrevivirá a los vientos de la globalización, se probará a sí misma capaz de una absorción práctica, en última instancia, de los étnicamente diferentes sobre la base de una ficción de que la raza permanece esencialmente homogénea y sana, y se reformará a sí misma para suavizar las contradicciones del patriarcalismo y de la brecha de clases. Y lo hará así al recurrir a su naturaleza esencialmente popular conservadora. Las recientes manifestaciones contra el combo del ICE son un ejemplo clásico de esto: radicales en su populismo no manipulado, pero fundamentalmente conservadoras en sus objetivos. El proceso resultante se caracterizará por una cruda hipocresía, por una demente (para los científicos sociales) propensión a negar o a ignorar las realidades objetivas a favor de una creencia, en última instancia muy práctica, en ficciones operativas, y por una invocación racista de otras amenazas para la salud de la raza costarricense que proceden del exterior. En cuanto a la globalización, entre más abstracta y desarraigada sea la cultura consumista que llene sus insaciables deseos cotidianos por algo más, más ávidamente los ticos se comerán las diminutas boronas de identidad nacional que encuentren perdidas en las pantallas de sus televisores, computadoras y celulares.

Y terminamos, por supuesto, como debe ser: a unos veinte años en el futuro, digamos en el 2025. Henos aquí, con un poco más de canas y —esperamos, que también— de ganas, accedando nuestro correo electrónico, mientras hacemos fila en el autoservicio de MacDonalds. Acabamos de recibir un mensaje de José Blas, un viejo compañero de clases en alguno de los más caros y prestigiosos colegios privados de Moravia, quien es ahora un exitoso ejecutivo en Silicon Valley. El mensaje fluye a través de la pantalla del celular:

"acabo de ver una copia del Álbum de Figueroa en la web y me di cuenta de que el roquillo en el cuadro de los políticos liberales era el bisabuelo de mi tata. Si van a Guanacaste en enero, podríamos jugar golf, buscar nos unas nenas y hablar acerca de esa idea loca de fundar un nuevo partido. Lástima que la palmará Franklin Chang, pero que tuanis que lo enterraron con la camiseta de la Sele. Pure Life. El Moto".

La improvisación teatral: Encendiendo el fuego de una educación viva



Fernando Vinocour

"A medida que fui creciendo, todo comenzó a ponerse gris y triste. Aún podía recordar la increíble intensidad del mundo en que había vivido siendo niño... la mayoría de la gente pierde su talento en la pubertad. Yo perdí el mío a los veinte años" (84c).

Observaciones contundentes sobre sí mismo, realizadas por Keith Johnstone, autor del texto: *Improvisación y el Teatro*. (Se trata de uno de los principales sistematizadores de las tendencias de la improvisación teatral contemporánea).

Quiero relacionar estas ideas de Johnstone, con lo que nos sucede en el proceso educativo. ¿Qué es esta pérdida de "talento" a la que alude el autor?

Nos plantea que nuestra imaginación, su emergencia e impulsos espontáneos, se ve sometida a un proceso de constricciones, de anestésias, que lejos de canalizar su crecimiento va provocando que nos vayamos enfriando, mecanizando, empañando en nuestra percepción. La socialización, entendida como un "consumo" de informaciones logocéntricas (definiciones, descripciones, generalizaciones explicativas, etc.) nos va llevando a ver lo que "debe estar ahí, que es obviamente menos interesante que lo que está ahí".

Es decir, que tantas veces nuestro estudio, como lo que le pasó a Johnstone con el arte al estudiar, perspectiva, composición, nos empaña la vitalidad perceptiva. Y va apagando nuestra RESPUESTA, tal y como la concibe Johnstone; muy ligada a la espontaneidad que a su vez se conecta con un momento y lugar particulares (contexto) y a una perspectiva perceptiva específica de alguien que conoce integralmente, a través de la exploración de la totalidad de sus posibilidades epistemológicas, conjuntando razón y sensibilidad, ideas y cuerpo, ambos hemisferios cerebrales en la vivencia irreductible. Pero el problema inicia desde temprano, porque dice Johnstone: "En una educación normal, todo está diseñado para suprimir la espontaneidad". Cabría añadir otras palabras que complementan esta expresión: afectividad y fantasía.

Vamos así creciendo lisiados. La educación implementa y refuerza todo lo que es estructuración, aprendizaje de órdenes, normativas, codificaciones. Mas estas no suplen la mitigación y opacamiento de los estímulos e impulsos radiantes que sólo espontáneamente son vitales.

La intelectualización posterior no nos salva. Permite a lo sumo que estudiosos "especialistas" nos expliquen y describan los procesos vivos, pero lamentablemente en la mayoría de los casos para disecarlos, para mecanizarlos. En la creación lleva a la aberración de que muchos academicistas o criticones se creen capaces de saber más de la obra que el creador. Y a muchos a tratar de crear sin la materia prima de la fantasía, o sea a punta de puros conceptos. O a resolver el mundo a partir de la pura abstracción, algo a lo que estamos expuestos en los ámbitos educativos, en el "claustro" universitario.

Johnstone no parte de descubrir una verdad universal, parte de sus propias vivencias. Nos identificamos con su honesta contundencia: "me consideré un lisiado en el uso de mí mismo... a todos mis profesores lo único que les importaba era si acaso yo era un ganador".

¿Cuántas veces no intentamos "salvar" a los otros tratando de

convencerlos de que sigan nuestra verdad, la que suponemos es la ganadora, la de la victoria?

Por supuesto, vamos inhibiéndonos unos a otros. Aprendiendo a no responder. A respetar o temer a las "personas inteligentes", que dicen o escriben discursos cargados de palabras razonables, ciertas, que acomplejan a quienes no las entienden o usan, aun cuando esos discursos estén alejados de las prácticas, conducta de quienes se llenan la boca con ellas. Así, políticos, profesores, oradores, artistas y forjadores de opinión, sustentamos en la educación a través de esa apuesta, tantas veces injustificada, a valorar más a los seres humanos "inteligentes", una RAZÓN INSTRUMENTAL.

Que no es más que esa verdad abstracta que justifica nuestros actos, plegándose al poder vigente. Johnstone nos dice que eso es una locura. Que es algo que corrompe nuestra percepción de la vida. Pues equivocamos las jerarquías. Despreciando a campesinos, niños, por "iletrados". Aunque sean capaces de una respuesta más potente y rica que la que tenemos "los letrados". Atados a las palabras pero incapaces de vivencias plenas y fluidas. ¿De qué nos sirven tantas teorizaciones entonces, si carecemos de la capacidad creativa de entablar vínculos con nuestra vivencia más inmediata y concreta? Esto es lo que pregunta Johnstone y su respuesta se desarrolló en su incursión en la Improvisación Teatral. Pero es la interrogación a nuestra educación... ¿Cómo evitar en este sentido que la educación sea un proceso destructivo? ¿Cómo crear espacios para que el miedo no nos opaque la existencia?

Para que no siga la cadena de fracasos que ensombrece a los niños y jóvenes que no son adultos inmaduros, "sino que los adultos resultamos niños atrofiados. Aunque cuando digo esto los adultos se enojan" (Ídem, p. 13).

Cuándo y cómo recuperar espacios y estrategias para desaprender y reaprender en la saga que nos permita reinventar realidades donde no temamos tanto dejar de controlarlo todo.

Si encontramos un alumno que llama las cosas por otro nombre, ojalá que no lo callemos pensando que es raro, o inútil, o fracasado, o que por ser creativo sea difícil de controlar, y que lo castigemos, reprimamos o establezcamos el chantaje de la nota por ser creativo o por ser distinto a lo que nosotros consideramos como recomendable. Más que un daño académico, se establecen afrentas personales: inhibiciones, negaciones, represiones en lo afectivo que dañan su vida.

La improvisación teatral, arte, ciencia, fibra viva, estimula a animar la reconexión con la imaginación, que se reintroduzcan los elementos necesarios para que nuestros procesos vivan: que no queramos tanto ser los ganadores, seguros, certeros, y podamos jugar a partir del fracaso, del error, del desorden o caos, del cual se ha de alimentar nuestro orden, nuestra creación. No temer tanto no esgrimir las respuestas, sino poder suspenderse en las interrogaciones ante lo desconocido o lo ingobernable.

Dice Johnstone: "Cuando llegue el turno de participar, salir adelante y ver qué ocurre. Esta decisión de no tratar de controlar el futuro es lo que permite ser espontáneo".

Johnstone, Keith.
Improvisación y Teatro. Cuatro Vientos Editorial, Chile, 1979.



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Dr. Carlos Araya Guillén. Decano del Centro de Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN



Ha de quedar claro para el lector, la consabida necesidad de insistir en que el Humanismo yace presente en la crisis de la democracia que nos afecta en estos tiempos socavados por la credibilidad de las instituciones que sostienen nuestra república. Los valores han caído en el desuso enmarcado por acontecimientos periféricos nacidos de la improvisación y que afectan hondamente en la sostenibilidad de la cultura costarricense. Con esto nos preparamos para el estudio de la identidad nacional. El creciente descontento de la forma en que la identidad se produce o se descapitaliza está planteado en el ensayo que los autores nos presentan, en el descontento electoral. Estos procesos se vinculan con la formulación social de riesgo en cuanto a la formación de la gobernabilidad y por ende en la globalización presente. Cala el interés en las maneras de vida urbana: la conformación familiar, el trabajo, "la cultura consumista transnacionalizada", la identidad en el enfoque hacia el no ver a los centroamericanos como parte de una comunidad integrada en el transcurso de la historia. Es interesante este enfoque de los autores, pues evidencia la forma de integración en el aspecto de la homogeneidad de la raza y que confiere a nuestro país un hondo arraigo en el nacionalismo que detesta la inmigración como parte de un conglomerado de suministro de trabajadores para ticos separatistas. Claro, el lector tendrá que leer este ensayo con el pensamiento puesto en la evidencia de la explicación histórica e importante en estos momentos para el modelo de democracia que tenemos.

También el lector encontrará aspectos que interesan a la educación; como maestro indudable el autor logra darnos una luz ceñera sobre el concepto de sabiduría. Nos encontramos que enseña mucho sobre la necesidad de meditación en valores insoslayables para el maestro y los educandos.

En otro contexto, se suma una indagatoria de la improvisación teatral que manifiesta el interés sobre la pedagogía y la epistemología del lenguaje en los aprendizajes del arte escénico. El lenguaje es óptimo en la búsqueda inusitada de la creación como arte vigente en el siglo XXI.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

CRÉDITOS: Portada: "Signos, variantes de una forma", Sabrina Hurtado Guevara, 2004. • Contraportada: "Se acaba el pez", 1976, lápiz y tinta china con aerógrafo, Gerardo González, Colección Banco Central de Costa Rica.